



La Azotea y La Reina

Jorge Enrique Lage

*¿Entendemos los acontecimientos que nos hacen
ser lo que somos? ¿Entendemos los factores que
nos hacen hacer las cosas que hacemos?*
Douglas Coupland (Planeta Champú)

El viejo Douglas C. no tiene con quien hablar. Para su nieta, dice, él es una prolongación de la butaca o de los otros muebles antiguos del apartamento. Tal vez por eso ha hecho tan buena amistad conmigo. A veces dejo de visitarlo un día, y entonces me llama por teléfono para decirme que en la azotea está a punto de comenzar el ritual. Satánico, explica, sólo para mujeres, se desnudan y hacen algo, le parece que danzan, pero es todo un misterio, un día tengo que subir yo, escondido, por supuesto, y después contarle lo que vi. Justo antes de colgar oigo cerrarse la puerta. Laura sale sin decirme adónde va. Pero no hace falta que me diga nada.

En general, hablamos poco. Un día me pidió que me fuera a vivir con ella. Al día siguiente yo estaba pisándole la alfombra. Llegué al edificio con fiebre y un rollo de cartulina para hacer la tabla periódica de los elementos. Nitrógeno, oxígeno y azufre; cobre, plata y oro; carbono y silicio, plomo, calcio, neón, uranio... Una vez me la supe completa de memoria, tenía el poder. Era como parecerse al secretario de Dios.

Con un elemento tras otro se puede inventar el planeta, las estrellas, todo el universo.

Con un elemento tras otro puedes fabricar a la mujer de tus sueños.

Douglas C. me encuentra pálido, flacucho y debilucho. Debiera decirle que ése es mi estado natural. Le digo que he estado enfermo.

—Ella es la que te tiene así.

—¿Ella?—apuro el café y las pastillas.

—Laura, tu novia. ¿Cómo se te ocurre engancharte a una mujer mayor que tú?

—No estoy engançado—protesto.

Sentencia del viejo: «El corazón de las mujeres tiene forma de ataúd». Luego se hunde, poco a poco, en el sofá.



Lo conocí por el blúmer que encontré en la escalera. Pequeño y rosado, de conejitos. Me lo guardé en el bolsillo y estuve todo el día sin saber qué hacer. A ratos lo sacaba para mirarlo. Laura terminó ofreciéndome uno de los suyos. Ése no te sirve, dijo. Al final volví al lugar del hallazgo y me paré frente a la puerta más cercana. Sin esperanza, toqué.

Abrió una niña de ocho, nueve, diez años. «Muchas gracias», y me arrancó los conejitos de la mano. Ya yo les había cogido cariño. Afligido, escuché salir de adentro una voz anciana: «¿Quién es, Evelyn?»

—¿Qué quiere decir la C?

—Cuba.

—Suena bien—opino.

A continuación, mastico en silencio las últimas palabras: «Es el nombre de una isla que no existe». De pronto me siento en el deber de pronunciar alguna frase inteligente pero no se me ocurre ninguna.

—¿Quiere decir que no...está en ningún lugar?

—No sabría explicarte. Y tú tampoco vas a entender.

Es lo más probable, pienso. Pero igual lo animo a intentarlo.

—Es un país que yo inventé—comienza—. O al menos, me gusta creer que yo lo inventé—termina.

La niña, sin decir palabra, desapareció a la carrera por un pasillo. Y por ahí mismo asomó el viejo su bastón, sin darme tiempo a salir corriendo yo también. Un minuto más tarde estaba sentado en la sala oscura de Douglas C. Debía disculpar a su nieta, ella no se da cuenta, ella olvida. Detrás de él, una puerta a medio abrir. Sentía mucho que yo me hubiera tomado la molestia, qué vergüenza, por Dios. Pude ver un librero y una mesa repleta de papeles. Nunca antes me había visto, ¿yo era nuevo en el edificio? Aquel cuarto me llamaba poderosamente la atención. Sí, es que mi novia, y bueno, claro, las mujeres en general, la pareja de hoy, la cultura, la incultura, la guerra, el tiempo, los achaques. Y el viejo, harto de que yo mirara por encima de su hombro dos veces en cada frase, se levantó y fue a cerrar la puerta. Con llave.

—Ven—dice ahora—, te lo voy a enseñar.

Al principio no entiendo.

—¿Enseñarme qué?

Entramos. Hay polvo suficiente para llenar varias parejas de pulmones. Volúmenes de encuadernación casera, periódicos y revistas de nombre desconocido, recortes, folletos, fotografías, cintas de video, mapas. Cuba por acá y Cuba por allá. Cuba por todas partes. El Caos.

—Llevo mucho tiempo sin poner orden aquí—lo mira todo con nostalgia o con cariño—. En realidad, hace años que no me ocupo de Cuba.

Después de un cargado silencio, me ofrezco para echarle una mano y él sonrío.

—¿Te gustaría ser mi secretario?

En mi cabeza crece un ruido de pisadas, de muchas Evelyn correteando desnudas por la escalera.

Le digo que sí, sonrío yo también.

Algunas noches sueño cosas como éstas:





Laura me desviste, estoy en su poder, acepto las reglas del juego. Sé que ahora me va a vestir con lo primero que se le ocurra. Saca del ropero un uniforme de mucama. Negro, de minifalda. Póntelo, ordena. Y no te olvides de esto, me arroja un ajustador y algodón para rellenarlo, las quiero bien grandes, ¿oíste? Termino de vestirme y pasamos al maquillaje. Laura me pinta los labios, me ennegrece los ojos y me coloca, sin dolor, unos aretes. Por último, la peluca del mismo color que su pelo, la misma caída, el mismo olor, ahora tengo el pelo tan hermoso como ella. Mírate, me dice, y en el espejo del sueño hay dos Lauras. Vas a ser mi sirvienta, sonríte una. La otra inclina la cabeza. Ama Laura y Laura sirvienta. Tú no vas a ser la secretaria del viejo, tú vas a ser mi sirvienta, ¿está claro? Sí, murmuro. Ella me golpea con fuerza en la boca. Señora, ¿está claro? Sí señora. Más alto. Sí señora. Ese viejo está loco, ¿me oíste? Sí señora. Muy bien. Y ahora, a trabajar. Ven cuando hayas terminado, retírate. Con su permiso señora, y me voy a la cocina. Friego, hago la comida, vuelvo a fregar, después barro la casa, sacudo el polvo de los muebles, los adornos, las alfombras, las cortinas. Limpio todo, lavo la ropa y la tiendo, la plancho. Termino exhausto. Laura me espera en la cama, desnuda. Ven aquí, besa a tu ama. Me lanzo a sus labios, me aparta. No, en la boca no. Lo siento, señora, y la beso y la toco y ella aprieta el relleno de los ajustadores, manosea mis falsos senos y yo la sigo besando y apretando hasta que ella me empuja fuera de la cama, es suficiente, ahora quédate ahí tranquilita, puedes mirar. Y yo miro. En el espejo del sueño hay dos Lauras. Laura sirvienta al fondo, en una esquina. Ama Laura en primer plano, sentada en la cama, la boca y las piernas abiertas, mirándose los besos estampados con rojo creyón en el cuello, los senos y los muslos. Masturbándose.

Despierto con los calzoncillos inundados de semen. Laura ya se ha ido. En la puerta del refrigerador habrá, pegada con imán, como es habitual, una listica de los favores que debo hacerle. Me voy a la ducha y de paso me masturbo yo también, sin espejo, sin nadie, solo y con el recuerdo del sueño.

Sin nadie. Solo y como un fantasma en la casa. Desayuno café con leche y pienso en la futura tabla periódica. Halógenos: futuro (F), café con leche (Cl), embargo (Br), ilusiones (I) y artefactos (At). He decidido hacer una para Douglas C. Será otra manera de ayudarlo a poner orden en su mundo.

Friego. Preparo el almuerzo y la comida. Vuelvo a fregar. Nada como la limpieza que hice en el estudio. Removí tanto polvo que salí con los pulmones en fase terminal. Laura dice que me voy a hacer adicto al salbutamol. Lo dudo. Yo soy adicto a otro tipo de cosas.

Coopero con la lavadora echándole la ropa sucia, que no es poca. Toda una colección de lencería. Los blúmers que sí me sirven. Hundo la nariz y los labios en el persistente aroma, uno por uno los echo a la máquina, conecto el remolino. Un rato después me voy al balcón a tender y, de paso, mirar la ciudad. Desde esta altura parece irreal, me pregunto cómo se verá desde más arriba, desde la azotea. Cuando uno empieza a dudar de la realidad todo se complica. ¿Es real esta tendera llena de ropa interior y exterior de Laura? No hay manera de saberlo.

En el balcón de abajo a la izquierda, lee una vecina. La saludo y ella me sonríte. Vieja, delgada, peluquera o periodista. No la quiero imaginar desnuda, ni en la azotea ni en ningún lugar. Saco la cabeza para preguntarle si conoce una ciudad llamada Habana,



capital de un país... Ella sigue sonriendo, agita la mano. Le pregunto si vivimos en una isla o en un continente, y desisto. No me oye. O no me quiere oír.

Me voy a la tabla periódica, que va cogiendo forma sobre la cartulina. Actínidos: tiempo de hoy (Th), pasado (Pa), utopía (U), no- pasar (Np), pureza (Pu), agua mineral (Am), capitalismo (Cm), barroco (Bk), cifras (Cf), espectáculo (Es), fantasmas (Fm), melodías (Md), nostalgia (No) y luz roja (Lr). Me bastó un par de semanas poniendo orden en el estudio. Todos los días. Ya estoy del planeta Cuba hasta los poros. Ya no sé si lo amo o lo odio. Es un mundo demasiado complicado. Se vuelve demasiado *real*.

Almuerzo pensando en la siesta y me duermo pensando en la azotea. Ahora soy Laura y me parece que bailo, poseída, poseído por ella, poseída por mí mismo, ladridos y tambores, el calor de una hoguera que no se ve por ninguna parte, noche de luna nublada y estrellas movedizas, hay otras mujeres desnudas moviéndose alrededor de mí, no estoy sola pero sí excitado, manoseo mis senos que son de verdad aunque todo lo demás parezca mentira, mi sexo de Laura entre sus piernas mías, no puedo parar de tocarme, humedezco el cuchillo que en el momento señalado me entrega la vecina peluquera o periodista, caigo arrodillado frente a su esqueleto desnudo y cubierto de arrugas, yo soy joven y bella y me toca ser la reina, pero entonces sucede algo, la vecina empieza a acariciarme los muslos y de pronto me mira a mí, a mí, mira más adentro de los ojos de Laura por los que la estoy viendo yo a ella, me ha descubierto, ahora extiende las garras, yo grito, grito adolorida cuando me hala el pelo hasta obligarme a poner la cara en el piso, ¡Douuglaaas!, chilla, ¡Doouuuuglaaaas C.!, y luego ladridos de mujeres histéricas que arañan y golpean al compás de hipotéticos tambores, creo que es Evelyn la niña que me arrebató el cuchillo y me escupe, tengo saliva en los ojos y sangre en la piel y ABAJO, ABAJO, ABAJO, dicen todas, todas quieren ser la próxima reina, la vecina da la orden y me empujan con fuerza al vacío, estoy dentro del cuerpo de Laura viendo cómo los balcones suben al cielo, puedo caer eternamente porque no hay nada más, la ciudad no está ahí y el impacto es contra la cama.

Despierto con el sabor de la adrenalina en la boca. Laura no ha llegado. Por suerte. Tengo que hacer algo para recuperarme de la pesadilla, de modo que vuelvo a la cartulina. ¿Habrá elementos prohibidos, peligrosos? Lantánidos: censura (Ce), propaganda (Pr), lanada (Nd), patria-o-muerte (Pm), espejismo (Sm), educación (Eu), gravedad (Gd), tribuna (Tb), discurso (Dy), hormiguero (Ho), entropía (Er), turismo (Tm), yerbas (Yb) y lujuria (Lu).

Más tarde armo la tabla de planchar, me armo con la plancha. Esperando por mí, un monte de ropa tan femenino como el monte de Venus. O más. El detalle está en la tela, su textura. Su significado. Dejo que las prendas calientes—vestidos largos de satén, blusas de seda, faldas almidonadas—me acaricien la piel con su excitante rumor. Después busco en la gaveta unas pantys y las subo despacio por mis piernas, me subo en unos zapatos de tacón alto y listo: hora de mirar al espejo. No puedo parar de mirarme en el espejo. Camino trabajosamente por el cuarto hasta que me parece que la erección está a punto de romper la finísima tela. Entonces voy al baño a masturbarme, y de paso, a darme una ducha.

Por el ventanuco de la bañera entra el silencio del edificio. Los pasos de Evelyn en los escalones. Subiendo, bajando, subiendo. Adorable crisálida. Quizás no ha terminado de desnudarse pero no importa, lo hará antes de llegar a la azotea. Lo normal es que un abuelo diga que su nieta lo va a matar del corazón. Douglas C. me dijo un día que espera morir



del corazón antes que Evelyn lo mate. ¿Y si el viejo está loco, como dice Laura? Pero entonces, ¿cómo explicar el archivo total, la perfección de los datos? ¿Cómo explicar el país? El agua repica con intensidad en mi cabeza, adentro y afuera. No hay respuestas.

A medio secar y con la toalla en la cintura, vuelvo a delirar sobre la cartulina. Inertes: héroes (He), neurosis (Ne), artesanía (Ar), crisis (Kr), xenofilia (Xe) y resistencia (Rn). Elemento es, de alguna manera, lo esencial, no necesariamente lo común. Alcalinos: libertad (Li), nación (Na), cultura (K), rabia (Rb), consigna (Cs) y fervor (Fr). Aunque sea lo esencial-mínimo, lo esencial-extraño, lo esencial-terrible.

El mercurio es líquido y es metal y es veneno y ocupa *mucho menos* del 1% de la corteza terrestre.

Pienso en la impenetrable corteza de Laura, y la escucho llegar. Más silenciosa que una gata. Minutos más tarde lo estamos haciendo mecánica, empecinadamente. El amor, le dicen. Pero ella está cansada. Yo estoy cansado.

Lo sé: también la mujer de tus sueños contiene trazas de elementos venenosos.

La dejo sola en la cama, mirando el techo hasta que decide levantarse a llenar la bañadera. Quisiera saber en qué piensa cuando se está masturbando, los dedos menos ágiles pero más precisos bajo el agua. ¿Cómo sería la mujer de tus sueños, amor? Quisiera saber por qué he visto tan pocos hombres en el edificio, qué ha pasado con todos ellos: esposos, novios, hermanos, hijos, abuelos... Tengo que preguntarle a Douglas C.

Suena el teléfono. Dice el viejo que dentro de poco pasará algo, no sabe bien, a Evelyn no se le puede sacar mucho, ella será distraída pero no tonta, sólo dijo la-ceremonia-más-importante y él sospecha que...pero no, mejor no me dice nada, en definitiva los dos estamos a oscuras, y de nuevo que cuándo pienso subir yo, él está muy viejo para esas cosas, yo puedo subir escondido, claro, no me vaya a creer que es tan fácil, y después contarle con lujo de detalles cómo es el ritual, qué hacen allá arriba todas las mujeres del edificio. Cuando termina su perorata le hago la pregunta.

Cuelgo.

Laura sale cerrando la puerta. De pronto siento el impulso de salir corriendo tras ella, detenerla en la escalera, decirle algo, abrazarla, golpearla, no sé.

Pero el impulso no dura mucho, así que me quedo intranquilamente sentado, masticando en silencio las últimas palabras del viejo:

«A cuchillazos.»

—Es una versión de la tabla periódica—le digo con orgullo—. Un regalo para usted. Douglas C. ha desenrollado la cartulina y examina la disposición de los elementos, recorre las filas y las columnas con cara de no entender lo que tiene bajo sus ojos. Seguro piensa: qué tontería.

—Qué ingenioso.

—Gracias.

—Gracias a ti.

Me observa. Que estoy cada vez más pálido, cada vez más flaco, me voy a desvanecer. No se explica cómo me he dejado llevar a ese estado.

Café y pastillas.

—Tienes que dejarla.



De momento no sé si se refiere a Laura o a Cuba. Tampoco me importa.

—No quiero.

—Estás obsesionado.

—No puedo.

Lo miro y trato de imaginar cómo sería mirar por sus ojos, desde su cuerpo, mirarme a mí, ahora, sentado en el butacón antiguo y la sala oscura. Mirar a mi nieta Evelyn, un día, acercando la punta del cuchillo a mi garganta. No me explico cómo Douglas se ha dejado llevar a ese estado. ¿Por qué cambiar un país por una azotea?, ¿un sueño por un ritual?

—Quizás sea necesaria alguna obsesión—digo.

—Quizás.

—¿A usted le hubiera gustado—señalo el estudio, la puerta entreabierta como el primer día—vivir ahí dentro, en Cuba?

La próxima sentencia del viejo es: «El corazón de las mujeres tiene la misma forma en todas partes». Luego cierra los ojos y hace un gesto despedida con la mano mientras se hunde, poco a poco, en el sofá.

Debo irme. Dejarlo ahí, hundido. Desde la puerta de la calle le pregunto:

—¿Le gustó la tabla periódica?

Y de pronto (mirándole a los ojos, mirándome con sus ojos) todo me parece tan ingenuo, tan falso, palabras innecesarias y palabras evitables y palabras que de cualquier manera hay que evitar.

—¿Le gustó o no le gustó?

Con un elemento tras otro *no se puede* (yo no pude) recrear algo que no existe, al final sólo es posible la caricatura, el caos disfrazado de orden, la más frágil lencería de ideas en un remolino de agua: darte cuenta cuando ya no tiene remedio (¿por qué estos elementos y no otros?). Quiero adelantarme y decirle todo eso, pedirle disculpas, defenderme, no sé.

Me quedo en silencio, esperando su respuesta:

«No has entendido nada. Vete.»

Noche de luna nublada. He salido varias veces al balcón. Parece como si la ciudad se difuminara lentamente.

Estoy tirado en la cama, exhausto. Puede que todavía tenga encima alguna prenda interior o exterior de Laura. La angustia me moja el vientre, se me desliza hasta abajo. He estado pensando en otra tabla. Para ella. Los elementos serían el olor de su pelo, las hebillas que lo acomodan y el peine que le da brillo, el color variable de sus labios, sus uñas y sus párpados, las telas que bien conocen su piel, el encaje de los ajustadores y la lycra brillante del pubis, los tacones y las medias, el rímel, las pulseras y los aretes, las cintas, las flores, las trampas.

Lo sé: también la mujer de tus sueños es pura representación.

Comienzo a levantarme cuando suena el teléfono. Voy tropezando hasta la voz, hoy más anciana que nunca, de Douglas C. Una voz llena de polvo. Una voz en fase terminal. Le pregunto si se siente bien.

Ha estado todo el día mirando la tabla, sin saber qué hacer.





«Me la sé de memoria.»

Y yo le digo que sí, que sé lo que es eso, yo también me supe una, podías decirme un número que yo te decía el elemento con símbolo y todo: ¿ochenta y dos?, plomo, Pb; o me decías el símbolo y yo podía decirte el número y el elemento: ¿S?, dieciséis, azufre; o me decías el elemento y lo mismo: ¿calcio?, Ca, veinte. Podía recitarte todas las series: halógenos y alcalinos, inertes, lantánidos y actínidos. Pero eso no tenía ningún valor, no servía para nada. La tabla periódica no sirve para nada, Douglas. Es puro fetichismo de aprendiz...

El puro fetichismo de siempre.

El viejo se queda callado y cuando vuelve hablar no dice: «Al fin lo entiendes», sino que me da las gracias, sin tu ayuda aquello seguiría como antes, sucio y patas arriba.

Ahora soy yo el que no está seguro de haber organizado algo. Le digo que no me agradezca, lo hice con gusto, en serio, me gustó mucho eso que ha llamado Cuba, la fantasía de un filigranista—¿lo halago?—, la sorprendente irrealidad. Es entonces, después de otro silencio, cuando el viejo me dice que Evelyn ya bajó.

«Ahora Laura es la reina.»

Y cuelga.

Yo me quedo mirando el teléfono, pensando.

Mirando la puerta, pensando.

Pensando que si ella me diera la oportunidad, yo también intentaría parecerme a Dios.

Imaginar, sólo eso. Imaginar un país, una isla (como en las viejas utopías, tiene que ser una isla), con tanta fuerza que los libros y los periódicos y las revistas y los videos y las fotos y los mapas vayan surgiendo poco a poco, caídos por su propio peso, acomodándose como limaduras alrededor de un imán.

Tratar de inventar algo *poderoso*, creíble. Otro país con otro nombre. Otro pasado, otro futuro. Una isla mucho mejor que la tuya: por ti, Douglas, y por mí. Si ella me diera la oportunidad. Si ella me dejara.

La puerta se abre y sus pisadas de gata descalza cruzan el umbral. Lleva el desorden de la lujuria en el pelo y una manta sucia que la cubre hasta las rodillas. Quiero decir algo, cualquier cosa, pero me lo impide el filo que hay dentro de sus ojos... El filo que hay dentro de su mano. Es inútil. Avanza, se detiene en el centro de la sala, la manta se desliza de sus hombros y cae al suelo. La contemplo toda, TODA, sin un solo milímetro de tela sobre la piel, sin más elementos. Admiro su cuerpo, lo deseo, lo envidio, el aire, me fallan los pulmones.

Me acerco y me arrodillo en la alfombra, frente a ella.

Inclino la cabeza para besar sus pies.

Jorge Enrique Lage (1979). Se licenció en Bioquímica y es autor de los libros de cuentos *Fragments encontrados en La Rampa*, *Yo fui un adolescente ladrón de tumbas* y *Los ojos de fuego verde*, con el cual mereció el premio Calendario de Ciencia Ficción en el 2004.

